



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 7.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 18 Setiembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervero. — La hermana de la caridad, por D. A. F. Grilo. — Amor de hijo: Leyenda, por D. Adolfo Miralles de Imperial, (conclusion). — San Pedro cerca del Capitolio. — D. Juan de la Rosa Gonzalez, por D. P. M. Yago. — Los versos de encargo, por D. Ventura Ruiz Aguilera. — La flor del recuerdo, (poesía) por Doña Joaquina G. Balmaseda. — A Celia, (poesía) por D. Damaso Delgado Lopez. — A mi madre en su cumpleaños, (poesía) por Doña Victorina Ferrer y Saldana. — No me olvides, (poesía) por D. Jose Huerta. — La mano ardiente: Tradicion, por Rafael Blasco, (continuacion).

Láminas. San Pedro cerca del Capitolio. — D. Juan de la Rosa Gonzalez.

REVISTA DE LA SEMANA.

La escasa lluvia que nos sorprendió á principios de la semana, ha venido á humedecer la tierra y á refrescar la temperatura. Por lo mismo nos hallamos libres de los excesivos calores del estío, y es probable que no los volvamos á experimentar hasta el año siguiente.

En cambio el invierno nos envia anuncios prematuros, con el objeto de que nos preparemos convenientemente á recibirle,

sin que tengamos luego motivos de queja por su inesperado arribo.

Sin embargo, si hemos de atenernos á la ciencia, interpretada por uno de sus oráculos, esperaremos inútilmente dicha estacion. Pues el astrónomo de Zaragoza, Sr. Castillo, ha profetizado que este año no habrá invierno; sin aventurar qué estacion habrá de sustituirle.

Esta halagüeña profecía ha puesto en conmocion á muchos, que desde luego piensan sustituir los bien acondicionados trages de invierno por otros mas sencillos y propios de una estacion mas apacible.

Tal vez este cambio atmosférico seria en apariencia conveniente para cierta clase de la sociedad, pues en verano, como se dice vulgarmente, *todo el mundo vive*, lo mismo el pobre que el rico.

Pero, á pesar de todo, nosotros somos retrógrados en ciertas ideas, y no creemos en esos cambios bruscos de la temperatura: pues estamos convencidos de que cuanto existe corresponde al fin para que ha sido creado y contribuye á la gran armonía universal; lo mismo el insecto que se cierne servilmente sobre nosotros, que el águila que se remonta á las nubes; y nada consideramos inútil, desde la punzante ortiga que estorba nuestros pasos, hasta el árbol frondoso que nos brinda con su sombra.

Por eso estamos por la sucesion regular de las estaciones que forma la marcha ordenada y magestuosa de la naturaleza.

Y hablar de la naturaleza; de ese conjunto ordenado de todas las entidades que compone

el universo, no podemos menos de calificarla como otros muchos que se dedican á su estudio con mas ó menos profundidad con el epíteto de pródiga. Pues segun noticias de Méjico acaba de descubrirse en la mina de Cordona un filon de oro, cuyo rendimiento se evalúa en 100,000 duros por semana. A esto debe añadirse otra mina descubierta en Nueva-Zelanda á distancia de 30 leguas inglesas que está dando resultados pasmosos: el término medio de lo que produce á cada operario es 18 onzas por semana. Quizá esta abundancia del metal precioso sirva para neutralizar en parte la escasez de numerario que se nota en algunas naciones.

Si apreciable es el oro en sus diversas aplicaciones, lo es mucho mas y adquiere cierta nobleza cuando contribuye á realizar las ideas del sábio; y mas en este siglo en el que se multiplican los inventos.

Segun cartas de Londres, acaba de inventar un estrangero, distinguido por su talento é instruccion, un modo para acelerar el movimiento de los buques de vapor, en términos de duplicar ó triplicar la velocidad de su marcha. Parece que todo el mecanismo consiste en un pequeño aparato que se aplica á la maquinaria actual, sin necesidad de producir alteracion notable en ella.

Casi simultáneamente en la academia de Ciencias de París, se ha dado lectura á un procedimiento nuevo y muy sencillo segun el autor, para elevar y hacer descender un globo con tanta frecuencia como sea necesario.

Pero si todo esto no son mas que proyectos,

en cambio nuestra España ha entrado en vías de hecho, ó por mejor decir, se halla tocando la realidad.

Tenemos la grata satisfacción de anunciar que estamos ya en comunicación con la Argelia, pues el lunes quedó colocado el cable submarino de Cartagena á Orán.

También el *Ictíneo* del Sr. Monturiol se halla terminado y en disposición de ser botado al agua; varias personas oportunamente invitadas por dicho señor pasaron á examinar el barco-pez, en el taller donde ha sido construido, junto á la punta del muelle nuevo.

El nuevo *Ictíneo* es de mayores dimensiones y de más resistencia que el primitivo, y en él ha hecho el Sr. Monturiol cuantas modificaciones la experiencia y el estudio le han dictado. Los cristales por donde recibe la luz tienen un espesor de unos tres cuartos de palmo, y por lo mismo pueden resistir cualquier choque por violento que sea, á mas de que están preservados por una especie de órbita como la forma el cráneo en el ojo animal. La cubierta exterior del barco-pez está forrada de cobre y es de gran resistencia, y las piezas del interior pueden contener con una regular comodidad los tripulantes que deben navegar en dicho buque submarino.

Sus dimensiones son las de un laúd ordinario, y construido en madera de roble; está forrado de cobre en su parte exterior, es capaz para unas veinte personas, puede navegar hasta doscientos metros de profundidad, y está dispuesto en el día como máquina de guerra.

El *Ictíneo* lleva cerca de la boca un cañón cónico, el que dispara balas huecas y cónicas, que armadas de un pistón producen una explosión en el momento de fijarse en cualquier cuerpo. El cañón puede cargarse y dispararse desde el fondo del *Ictíneo*, á pesar de hallarse en el exterior, de modo que cada disparo introduce dentro del buque unos dos litros de agua. El *Ictíneo* va también armado de un barreno destinado á barrenar buques y aplicar á sus fondos cajas de pólvora para hacerlos volar. Asistieron á la visita los escelentísimos señores capitán general y gobernador civil, el M. I. señor alcalde corregidor, y muchísimas otras personas. Terminada la visita, de la que quedaron todos complacidos, se sirvió á los convidados un espléndido refresco, durante el cual menudearon los brindis.

El señor capitán general brindó por el Sr. Monturiol y su invento; el señor gobernador por S. M. la Reina, asegurando que muy en breve podría manifestarse á S. M. que se habían resuelto todos los problemas de la navegación submarina; el Sr. Balaguer felicitó en un cordial y ardiente discurso al señor Monturiol, y éste contestó con otro no menos notable, dirigido á la junta iniciadora, el cual fue recibido con grandes aplausos. El Sr. Altadill dió luego un público testimonio de gratitud á la ciudad de la Habana y en especial al general Dulce.

Deseamos que llegue pronto el día en que sea botado al agua este buque submarino para honra del Sr. Monturiol y orgullo de nuestra España.

SS. MM. se encuentran ya en Madrid de regreso de su escursión veraniega, y noches pasadas asistieron á la representación del *Fausto* en el teatro Rosini.

Los demás teatros de la Corte siguen estrenando producciones con mas ó menos éxito. En el del Circo se han puesto en escena dos zarzuelas en un acto y en verso: *Rescate y esclavitud*, y *Batalla de amor*, siendo mejor recibida la segunda.

En el de la Zarzuela se han estrenado *El Novicio*, que obtuvo una favorable acogida, la pieza en un acto *Viva D. Canuto*, que logró hacer reír á la concurrencia, y la comedia en cuatro actos titulada *D. Felipe*, que alcanzó un éxito lisonjero.

En Valencia también se espera con ansiedad la apertura de los dos coliseos; el Principal

empezará sus funciones el 24 con la zarzuela, y el de la Princesa abrirá sus puertas hoy 18 con la compañía de declamación.

Este teatro, que desde su inauguración ha arrastrado una vida bastante precaria, creemos que logrará afianzarse en manos de la nueva empresa, la cual ha realizado notables mejoras, con el objeto de proporcionar las mayores comodidades al público y á los artistas. La mayor parte de éstos se encuentran ya en nuestra ciudad y les deseamos muchos aplausos y grandes llenos á la empresa.

En cambio nuestro querido amigo D. Vicente Rodríguez Jordán, ha salido para Granada, en cuyo teatro se halla ajustado. Le auguramos miles de felicidades, pues creemos que se conquistará las simpatías del público granadino con su talento y asiduidad.

LUIS FABRA Y CAVERO.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

¿Qué es la muger? ¡La muger! ¡Ah! ¿Quién sabrá definir á la muger? ¿Qué pluma, por brillante que sea, podrá pintarnos con todos los colores de la verdad, su delicadeza, su ternura, su expresión, su sentimiento, sus ideas, su alma?

¡La muger! ¡qué nombre tan hermoso! ¿quién es desgraciado cuando una muger le adora? ¿quién puede juzgarse infeliz cuando unos labios de fuego, balbucientes, vírgenes, inspirados, le regalan suspiros amorosos que caen sobre su corazón como las perlas de la aurora sobre los lirios de los valles?

La muger cuando habla es una música del cielo; cuando ríe es una flor que se abre; cuando canta es el recuerdo del paraíso; el eco de un ángel; el murmullo de un armonioso céfiro que al espirar la tarde revolotea entre los juncos de los jardines; cuando ama por primera vez es el símbolo del rubor, la imagen de la dulzura, el misterioso libro donde pueden leerse las mas timidas impresiones, los mas hermosos pensamientos; y cuando llora... ¡Ah! cuando llora, no ha encontrado nadie con quien compararla todavía.

La muger es bella, en todo lo que hace, en todo lo que dice, en todo lo que piensa. La muger, por último, es la reina de la hermosura, la diosa de la sensibilidad, el débil y modesto sér á quien todos respetamos y bendecimos.

Pues bien, si la muger, la obra mas acabada de Dios, se olvida de los efímeros placeres del mundo, desprecia sus falsas glorias, desoye la estrepitosa algarabía de sus festines miserables y con la pureza en el alma y la fe en el corazón, se acoge bajo las alas del ángel de la Caridad, ciñe á su frente la radiante corona de ese ángel, se hace su hermana, y anhela solo el consuelo de la humanidad dolorida, ¿cuánto mas hermosa no parecerá á nuestros ojos?

Hay séres en el mundo que por su naturaleza débil, por sus desengaños ó por sus dolores, prefieren la vida solitaria de un desierto, á la bulliciosa y exaltada de la sociedad.

Virgenes inocentes que en los primeros albores de su existencia, buscan la soledad de un claustro, y allí, en los estrechos límites de una pobre y descuidada celda, aguardan con tranquilidad y sosiego la lúgubre visita de la muerte.

Hay también corazones desgarrados y conciencias heridas que huyen lejos, muy lejos de los hombres; y mugeres virtuosas, y madres de familia que por nada truecan los deliciosos y sencillos placeres del hogar doméstico, mas envidiables que todos los que pueden encontrar bajo las bóvedas de un voluptuoso palacio el monarca mas espléndido de la tierra.

Todo esto existe, sí; pero la hermana de la caridad, para poder llevar dignamente este santo nombre, necesita mas todavía. Necesita mas abnegación, mas entusiasmo, al abrazar esa vida de inquietudes, de sobresaltos, de afán, pero cuya vida es el camino del cielo.

Las hermanas de la caridad pertenecen á diferentes órdenes cuyas reglas suelen variar muy poco en algunos puntos; pero sin embargo, á todas las alienta un mismo pensamiento, todas se confunden en una sola idea, la caridad.

San Vicente de Paul fundó esta respetabilísima orden que será objeto siempre del cariño y de la admiración de todos los pueblos civilizados, y aun de los mas salvajes; porque la caridad, donde quiera que esté, nunca será rechazada. Si alguna vez lo fuese, ella sola, con su mágico poder, resistiría todas las vicisitudes, todas las revoluciones.

La hermana de la caridad es también hermana de Jesucristo.

Lleva en su frente la estrella de la resignación, en sus ojos el imán de la virtud, en sus labios la sonrisa de la ternura unas veces, la palabra del consuelo otras, y muchos instantes el melancólico suspiro que exhala cuando no puede aliviar algun padecimiento.

Toda ella respira ese amor infinito hacia los que padecen, ese amor que embriaga, que conmueve, que estasia, que inspira, que arrebat. Ese amor que no puede dar abrigo al interés; porque la hermana de la caridad, ¿á qué aspira en el mundo, cuando sujeta el torrente de sangre de una herida, cuando rompe un lienzo suave para extraerle delicadas hilas y curar con ellas las úlceras que roban el sueño á un desgraciado?

¿A qué aspira con esta ansiedad, con esta lucha incesante, con esta resolución, con este desvelo? A nada.

Los infelices á quienes prodiga sus cuidados mueren el mayor número, y ni aun con la gratitud pueden pagarle tanta paciencia, tanto sufrimiento, tanto cariño.

Los que encuentran el alivio anhelado se alejan y la olvidan, pues muy pocas veces recordó el sediento caminante la cristalina fuente que apagó su sed.

«¡Hermana de la caridad, cuán grande es tu misión en la tierra!»

Acudid, acudid á esas tristes moradas donde se albergan en ignorados lechos los aborrecidos por la salud, los que nacieron para llorar, los desheredados de la fortuna, los que no tienen ni asilo, ni familia, ni recursos.

Cruzad, cruzad, por en medio de las largas hileras de catrecillos que existen en los medrosos hospitales, en esos templos de la angustia y de las lágrimas, y vereis á la hermana de la caridad correr de lecho en lecho, de dolor en dolor, anhelante siempre, sin desmayar nunca, luchando con la desesperación de uno, con la agonía de otro, con las penas de todos.

Aquí se detiene inmóvil ante un joven moribundo; allí vuela á un anciano que la llama suspirante tendiéndole los brazos; en aquel otro lecho enjuga las lágrimas de un niño; en el de mas allá vierte preciosos bálsamos sobre profundas heridas; en aquel rincón oculto, unidas las manos, y arrodillada ante la cabecera de un infeliz que aguarda el último instante, modulan sus labios benditas oraciones: porque la hermana de la caridad no solamente se cuida de los males de la materia, que es la cárcel del alma, sino que también con sus dulces consejos y su angelical sonrisa, ofrece la medicina moral, la medicina del espíritu.

Miradla; su modesto trage contrasta con la serena candidez de su rostro, encendido por el fuego de la caridad, y coronado por una toca mas blanca que las primeras ilusiones de una virgen.

Miradla; nunca desmaya en su difícilísima tarea, nunca se rinde al peso de tan misericordioso ejercicio, nunca se desalienta, jamás retrocede ni desconfía, ni la intimidan los peligros mayores.

Cuando la ira del Eterno, representada por la epidemia, descende sobre su trono de destrucción para sembrar de cadáveres el suelo de nuestras poblaciones, las hermanas de la caridad se presentan donde la muerte hace mas estragos, y salvan á millares de víctimas.

Cuando envia Dios á los hombres uno de esos terribles castigos que apagan las existencias, como el viento apaga una luz, envia tambien un ángel consolador que vele por las almas de los que sucumban, y alivia los tormentos de los que solo sufren, pero que no mueren.

¿No sabeis este ángel quién es? La hermana de la caridad.

Ella, cuando el grito atronador de las batallas viene á turbar la pacífica quietud de nuestros pueblos, acude la primera al campo de la lucha, impulsada por el amor de sus hermanos, y allí, entre aquellos escombros de cadáveres, al sublime compás de las alegres músicas, al hervidero que producen tantas respiraciones fatigadas, al prolongado estrépito de los voladores plomos que silban como serpientes cuando rompen el aire, se arrodilla con arrebatadora magestad, eleva sus miradas al cielo, y despues que sus lábios modulan una oracion por los que ya no existen, oracion que hacen mas espresiva las perlas que se desprenden de sus ojos, se levanta, tiembla, pero no vacila; corre á los mas peligrosos lugares y..... preguntad al soldado que vuelve de la guerra lo que vale la hermana de la caridad en esos instantes.

Beranger, ese gran poeta de la Francia, ha encumbrado en una magnífica canción sus virtudes.

Todos la respetan y la admiran.

Séanos dado á nosotros tambien en estos desaliñados párrafos, ensalzar sus benditas acciones á la luz de la inspiracion y con la pluma de la justicia.

¡Gloria á esa mensajera de Dios para con los afligidos!

¡Gloria á la hermana de la caridad!

A. F. GRILO.

AMOR DE HIJO.

LEYENDA.

(Conclusion.)

III.

El hombre propone y Dios dispone.

Ha pasado un mes.

Alfonso y su padre están de vuelta en Granada, buenos y sanos al parecer, pero perseguidos por la miseria.

El vulgo, murmurador por naturaleza, que habia aplaudido dias antes la conducta de Alfonso, diciendo que Dios nunca abandona á los buenos y que aquella accion habia de labrar su felicidad y su fortuna, hoy duda ya de la justicia de Dios, censurándole, como si pudiesen los hombres penetrar los arcanos de sus altos juicios.

—Figúrese V. un hombre tan bueno, un hijo tan bueno, un cristiano tan bueno y con tan poca suerte.

—Vamos, ¿en qué piensa Dios?

—Hombre, yo no lo sé, porque el pobre chico ha querido ser maestro de escuela, que es lo que conviene, y nada, no hay vacantes: ¡y Dios no mata á uno de tantos *camuesos* que en vez de instruir están destruyendo á los chiquillos!

—¡Vamos, si hay para colgarse!

—Yo le he proporcionado una pequeña can-

tidad para que coma, porque como para ir á los baños le adelantaron dinero los padres de sus discípulos....

—Pero, hombre, ¿en qué pensará Dios?

—Le repito á V. que no lo sé.

Ya vemos en este *no lo sé* la única verdad que sentaban aquellos jueces de la Providencia Divina.

Otros decian:

—Hombre, me parece imposible que Alfonso no se pegue un pistoletazo.

—Calle V. por Dios, que si no tuviera tanto talento, de seguro lo hubiera hecho.

Entre tanto, Alfonso y su padre veian el porvenir siempre luminoso; al cargo de Dios dejaban sus asuntos; proponian grandes planes, y Dios disponia, sembrando en sus corazones el germen de la virtud y de la ventura.

Alfonso buscaba el sustento hasta en los trabajos mas penosos.

Su padre queria ayudarle, pero en su estado de convalecencia este era un esceso sumamente arriesgado.

De aquí resultaban luchas continuas entre uno y otro, que concluian diciendo:

—Hijo, te lo mando.

—No puedo obedecer; ¿lo entiendes?

—¡Bendito sea Dios que me ha dado un hijo tan bueno! ¡Bendito, que me hace gozar en circunstancias tan tristes como las que estamos atravesando!

—Por siempre sea bendito, sin que tú trabajes.

IV.

Virtud á prueba.

Todavía quedaban á Alfonso algunas gotas que apurar del cáliz de la amargura.

Mientras que tuvo que derramar el sudor de su frente para conservar su vida y la del que se la habia dado, mientras necesitó de la limosna del prógimo, mientras la desgracia se ensañó mas y mas contra él, sus ojos se conservaron secos; ni una lágrima de dolor habia caido en sus mejillas, porque su entereza, y mucho mas su resignacion, se lo impedian.

Y vedle hoy: anegado en llanto, ya con la vista fija en el cielo, ya cubriendo el rostro con sus manos, murmura entre dientes,

—Hágase en todo la voluntad de Dios.

Ni una queja sale de sus lábios, que si su corazon, frágil como humano, empieza á sentirse, se esfuerza, y la calla y la ahoga, con un rico tesoro de religion y el bálsamo consolador de las lágrimas.

Ha muerto su padre.

La parálisis pudo desaparecer con los baños; pero su dolencia interior, progresando paulatinamente, le llegó á aniquilar en pocos minutos.

Alfonso le habia tenido en sus brazos hasta el último instante.

Ya está solo; al mirar aquel frio cadáver tendido en un monton de paja, llora, y llora sumido en la mas profunda tristeza, porque el adios que pronunció el moribundo ha sido su palabra postrera.

Ya no volverá á llamar á su hijo.

Ya ha cerrado los ojos para siempre.

Dejad al huérfano que lllore; es una necesidad el llanto cuando el corazon está desgarrado por un hondo pesar.

¡Pensamiento cruel! Nacemos obligados por razon natural á ver morir, y despedirse para esa insondable sima que llaman la eternidad, á los seres que mas queremos en la tierra! ¡Ver á las personas que nos tuvieron en sus brazos, que nos enseñaron á pronunciar las primeras palabras, que tanto nos idolatrabran, convertidas en una estatua muda, en un cuerpo sin vida, que podrá recibir de sus hijos pruebas de homenaje y de cariño, sin contestarles nunca con una sola espresion de consuelo!

Alfonso, con el rostro lleno de lágrimas,

hizo todo lo necesario y lo posible para dar sepultura al cuerpo de su padre.

El entierro se verificó pobremente, porque no podia mas aquel hijo desventurado.

Miradla; parece que ya no llora. Sentado en el sitio en que recibió el beso y la bendicion suprema de su mejor amigo, reflexiona sin levantar la cabeza, que tiene inclinada sobre el pecho.

¿Por qué suspira con tanta pena?

¡Ay, que quiere secar la fuente de sus ojos, y ahoga su pesar despedazando su alma!

V.

El ángel protector.

Se iban haciendo muy públicas en Granada las desventuras del pobre Alfonso.

De boca en boca, y mas ó menos desfigurada la verdad, habia pasado su historia, de los pobres á la clase media, y de ésta á las principales casas de la poblacion.

Los que se interesaban por su suerte le hacian donativos de mayor ó menor cuantía, segun los medios que tenian disponibles.

Pero Alfonso pretendia ser maestro, y no pasaba de pretenderlo.

El vulgo seguia murmurando.

Y aquel héroe, bendiciendo á Dios y colmado de esperanza.

¿Podria negarse la justicia del Sér Supremo? ¿Seria perfecto sin ella, siendo tal vez el primero de sus atributos?

Un dia amaneció mas puro para aquel desgraciado.

El presentimiento de haber conseguido sus deseos hervia en su corazon, y por eso encontraba mas risueña la aurora, mas bella la naturaleza, mas alegres los cantos de las aves.

Y es porque los presentimientos hacen gozar ó sufrir como la realidad; es porque los presentimientos impresionan nuestra alma, como impresiona nuestro olfato el perfume de una rosa que no vemos.

Presentia el huérfano, y no en vano miró aquella mañana vivificarse la luz de su esperanza.

Un caballero granadino habia oido contar lo que estaba pasando á un hijo tan digno de mejor fortuna, tenia muy buenas relaciones, y se decidió á tomar el cargo que la Providencia le confiaba.

—Buenos dias, dijo entrando en la casa de Alfonso.

—Muy buenos dias, contestó éste ofreciéndole asiento.

—He sabido, amigo mio, las continuas desgracias que está V. sufriendo. No se me ha ocultado nada. Sé que trabaja V. en oficios mecánicos para ganar la subsistencia. Un joven de tanto talento, y sobre todo de tanto corazon, no debe permanecer de esta manera. Dentro de pocos dias se verificarán unas oposiciones á la plaza de profesor de primera enseñanza de un pueblo de esta provincia; hay muchos opositores, pero todavia es tiempo de presentarse, y no dudo que V....

—¡Gracias, gracias, señor! interrumpió Alfonso, sin poder contener dos gruesas lágrimas que bajaban por sus mejillas. Yo agradezco las bondades de V., pero no dejo de conocer mi falta de instruccion.

—¿Tendria V. inconveniente en venirse conmigo?

—¿En este momento?

—Sí.

Y sin hablar mas palabra, Alfonso salió detrás de aquel caballero, desconocido para él, pero á quien ya miraba con el mayor cariño y respeto.

VI.

¡Gracias á Dios!

Ya tenemos á nuestro héroe en la escuela que dos meses atrás se habia anunciado vacante.

Su asidua aplicacion, ayudada por el ta-

lento de su protector, que le había proporcionado no solo todos los libros que necesitaba, sino también las explicaciones que le pudieran convenir, había triunfado en los ejercicios hechos ante un severo tribunal.

Poco tiempo había que habitaba en el pueblo, y era ya querido por todos, sin distinción. La noticia de su heroica virtud llegó junta con la de su nombramiento, y esa noticia había preparado en su favor todos los ánimos.

Sus discípulos deseaban estar siempre á su lado, cosa que por primera vez les ocurría; él había sabido captarse el afecto de sus corazones, y ellos con el ejemplo de su maestro, ¿podrían dejar de ser buenos?

Después pasó á otro pueblo, y en él han desaparecido de las facciones de Alfonso las huellas que grabaron los pesares.

Dios, al crearnos, ha hecho que el tiempo y el hábito puedan aminorar y hasta hacer que desaparezcan los mas amargos dolores: de

otro modo, ¡cuán poco duraría nuestra existencia!

Alfonso se ha casado en ese pueblo, ha tenido hijos, y va aumentando su fortuna para poderles dejar un modesto patrimonio.

—Quiero legar á mis hijos, dice, además de esta casa y de unos pocos bienes, el agradecimiento á nuestro protector, que procuraré se conserve como una herencia perpétua en mi familia, hacia el autor de mi fortuna y sus descendientes.



SAN PEDRO CERCA DEL CAPITOLIO.

Hoy es feliz en los brazos de una amante esposa y de unos tiernos ángeles que le rodean, haciéndole gozar infinitos placeres que su corazón comprendió en los tiempos de su infortunio, y que siempre había deseado.

¿Lo dudais, lectores? ¿creeis que es cuento hijo de mi fantasía? Pues id á Almachar en la provincia de Málaga, leed estas líneas al maestro de escuela, y le escuchareis repetir con lágrimas de gratitud:

—Nunca dudé de Dios, y Dios no me ha desamparado.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

SAN PEDRO CERCA DEL CAPITOLIO.

A la izquierda de la vista de Roma, que damos á nuestros lectores, se distingue una de las pocas palmeras que existen en la ciudad eterna y en el término del fondo se ve la blanca fachada poco monumental donde existió la campana destinada á tocar alarma y arrebato cuya campana ya no existe; esto es el Capitolio moderno, construido en el sitio que ocupaba el antiguo. En primer término encuéntrase una calle larga por la que pasean los transeúntes tranquilamente, esta calle es no obstante la *via Scelerata* por la que la infame Tullia hizo

rodar su carro sobre el cuerpo del rey su padre. A la derecha se eleva una torre cuadrada cuyo aspecto feudal contrasta con su conjunto, pues pertenece á construcciones mas modernas lo mismo que el claustro contiguo á la Iglesia de San Pedro ad Vincula.

Esta Iglesia, una de las mas importantes de Roma, fue erijida por la Emperatriz Eudoxia, muger de Valentiniano III en el pontificado de San Leon el Grande. Se enseña en ella la cadena con la que ataron á San Pedro cuando estuvo preso en Jerusalem.

Dicha iglesia que fue renovada por el Papa Adrian I y restaurada por Julio II, encierra el mausoleo de este último Pontífice, que es una de las obras mas atrevidas de Miguel Angel:

en él se encuentra, entre otros muchos adornos dignos de mención, el famoso Moisés, que se considera como la obra maestra del mejor escultor del renacimiento y de los tiempos modernos.

D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Guerra y Orbe hace tiempo que ha abandonado por mas serias ocupaciones la tarea de ilustrar la opinion en materias de arte; Cañete suele hacerlo de tarde en tarde y como á su pesar; Hartzenbusch que cuenta con la erudicion y sereno criterio necesarios para egercer la crítica, ha creído mas de su agrado ó de mayor provecho, en esta materia, ser juzgado que juzgar á otros: abandonado, pues, por éstos en los últimos años vino á recoger el cetro de la crítica un jóven escritor que recientemente habia probado fortuna y talento dando á la escena en pocos años un número no escaso de producciones. Desde esta sazón, afiliado á la redaccion de un periódico de actitud audaz y agresiva, el afortunado autor dramático dividió y divide su tiempo entre la propaganda política de *La Iberia* y la crítica literaria egercida con enérgica lealtad é independencia en los folletines del citado diario. Y casi desde esta sazón, al poco tiempo al menos, los escritores, las empresas de los teatros y el público, respetaron como el de un crítico distinguido el nombre de D. Juan de la Rosa Gonzalez.

Nació este escritor en la Nava del Rey, pueblo de la provincia de Valladolid, en Diciembre del año 1821. Cuando contaba ocho ó diez de edad pasó á la capital de su provincia, estudiando en aquella universidad humanidades y filosofía, cuyo estudio terminado, trasladó su residencia á Madrid, en donde se matriculó en la facultad de farmacia. Presintiendo acaso la injusticia con que el vulgo niega la debida consideracion á los profesores que egercen esta facultad, La Rosa Gonzalez empezó á dejarse arrastrar por su afición á los estudios literarios al mismo tiempo que ganaba matrículas en el colegio de farmacia, acariciando en su mente una aspiracion á otro destino, si no tan lucrativo, mas halagüeño que aquel que se proponía obtener por término á sus estudios. Acaso tambien para nada entrarse esta consideracion en el ánimo del estudiante al hacer sus primeros ensayos como escritor público; conocida es su energía de carácter, de que mas tarde ha dado muestras, lo suficiente al menos para que lo supongamos incapaz de dejarse influir gravemente por una preocupacion de las gentes. Acaso, y esto es lo probable, no necesitó estímulo ninguno para dejarse llevar por la aptitud especial que en sí reconocía.

En suma, es lo cierto que no terminada todavía su carrera científica, La Rosa Gonzalez empezó á probar fortuna en el teatro y la obtuvo efectivamente en varias obras que escribió en colaboracion con su íntimo amigo el distinguido escritor, el ilustre tribuno, el malogrado Calvo Asensio, en cuyo número se cuentan las siguientes, que obtuvieron mejor éxito;



D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

La venganza de un pechero, *La estudiantina*, y *Fernan Gonzalez*, primera y segunda parte, alguna de las cuales tuvo el privilegio de llenar el teatro por espacio de treinta y cinco noches consecutivas.

Hijos de una misma provincia Calvo Asensio y La Rosa, condiscípulos, estimulados por una misma inclinacion, halagada su mente por iguales ensueños, desde aquella época data, sino estamos en un error, esa amistad modelo que unió á ambos jóvenes, ese lazo de afecto entrañable que hizo comunes todos sus prósperos y adversos azares: aquellas dos existencias que habian corrido paralelas hasta entonces, desde aquel punto formaron una sola. Juntos tambien escribieron en 1844, en las críticas circunstancias de aquella época en medio del pánico general que á la sazón dominaba, un folleto político en verso, titulado *El eco de la libertad*, que valió á sus autores una dura persecucion por parte de la policia de aquel tiempo.

Mas adelante dió La Rosa Gonzalez al teatro varias obras esclusivamente suyas, entre las cuales merecen especial mención por su brillante éxito y por su indisputable mérito, la comedia de costumbres en tres actos y en verso, *Con razon y sin razon*, y el concienzudo arreglo de Ponsard *El honor y el dinero*. En la noche en que se estrenó en Madrid este arreglo aconteció un accidente que, si entonces envolvía una leccion para álguien, no deja hoy de tener tambien aplicacion saludable entre ciertas gentes, que continúan siendo unos verdaderos merodeadores en el campo de la literatura. El público acostumbrado, por desgracia, á confundir á los autores de arreglos y simples traductores con los verdaderos autores, llamó en la referida noche al autor: al presentarse La Rosa Gonzalez en la escena del teatro del Príncipe, conducido por D. Joaquín Arjona, adelantóse aquel y dirigiendo su palabra al público hizo presente que «aceptaba

tan solo aquellos aplausos como dirigidos al autor francés, no en modo alguno al que los recibía, que únicamente habia tenido el honor de dar á conocer una obra de indisputable mérito literario.» Esta delicada leccion produjo gran entusiasmo en el público fue unánimemente elogiada por la prensa; algunos traductores, sin embargo, no han tomado acta de ella todavía.

Como una prueba de la buena reputacion de dramático que se habia conquistado este notable escritor, citaremos un hecho que no deja de tener significacion, y es el de haberse inaugurado dos teatros de Madrid, el de Variedades y el que se tituló de Lope de Vega, estrenando obras del mismo. A pesar de tan favorables resultados La Rosa Gonzalez abandonó el teatro mas tarde para dedicarse al periodismo con toda la fe de su alma, y en las encontradas luchas de los partidos políticos ha gastado por espacio de diez años la ardiente actividad de su espíritu, alternando estos trabajos con la crítica literaria, como un descanso á sí mismo y una tregua concedida á su antigua afición. Al llegar aquí, no nos es dado ocuparnos del escritor político; respecto del crítico, conocidos son los trabajos de esta índole que ha producido su pluma, su reputacion, su legítima influencia.

Vamos á concluir; aunque por el concepto mencionado no lograrse su nombre la consideracion que obtiene, D. Juan de La Rosa Gonzalez merecería por otros títulos un lugar en la memoria de los que aman la patria literatura: sus obras dramáticas bastarian para recomendarle como un poeta no comun ante el concepto del público.

P. M. YAGO.

LOS VERSOS DE ENCARGO.

Yo, como el lector no ignorará, si alguna vez ha pasado la vista por los mios, soy un pobre diablo de coplero, que me entretengo en aventar mis tristezas y acompañar mis soledades, entonando ó desentonando canciones que se pierden en el aire, al són de un instrumento, al que no sé ¡pecador de mí! si dar el nombre de lira ó de cencerro. Pero con igual franqueza confieso que soy un coplero cortés con las damas, de quienes acepto lo que me dan espontáneamente, á quienes nunca me ha ocurrido la idea de mortificar con pretensiones importunas, aunque dice el refran que *pobre porfion saca mendrugo*. Por eso mi casta Musa no ha tenido que avergonzarse hasta ahora de ninguna debilidad, de ninguna de las flaquezas propias de corazones compasivos y generosos, que ceden frecuentemente cuando se ven acosados por súplicas y llantos capaces de ablandar las duras piedras.

Sí, mi honesta, mi no mancillada Musa. Cuando te dignas inspirarme, suelto mi voz suave ó áspera, débil ó robusta, armoniosa ó despacible, como sueltan la suya las ranas y los mochuelos, las chicharras y los buhos, no menos que las tórtolas, los canarios y los

ruiseñores; como exhalan sus miasmas infectos las lagunas corrompidas, y sus aromas y sus fragancias los jazmines y las azucenas: que en el gran concierto de la creacion, en el himno sublime que los mundos elevan á Dios, no hay una nota de mas y una nota de menos: no sobra ninguna emanacion, por deletérea y repugnante que parezca, ni falta un perfume de los que embalsaman los valles, los jardines y las montañas.

No temas, pues, amiga mia, que te moleste; que te sorprenda mi indiscreta mirada cuando te bañas, que te despierte mi voz cuando duermes, para que vengas en paños menores á mi llamamiento, con la cabeza enmarañada, restregándote los ojos, soñolienta, ojerosa, vacilante, mal humorada y bostezando, siendo así que yo te quiero, y te quiere el público, ataviada con blanca túnica, peinadita, los ojos claros, fresca, dulce, noble y ruborosa.

Cierto es que no pocos mancebos, olvidándose del sexo de aquella de las nueve hermanas del Parnaso á quien suelen invocar en sus necesidades poéticas, traen á la pobre doncella á mal traer; llamanla con desaforados gritos, la acarician y la desdennan, la manosean y la riñen, la dirigen chicoleos é improperios, la tiran por la falda y la amenazan para que les provea de su poquito de inspiracion, género que va escaseando cada vez mas; y es no menos cierto que si su Musa no acude voluntariamente, la maltratan, la abofetean, la azotan, empluman y la arrastran por los cabellos, como despótico sultan á las odaliscas de sus harenes, en un arrebato de celos ó cuando sospecha que han cometido el mas leve desaguisado.

Mas no hayas cuidado por mí; júrote, Musa mia, y Dios me perdone, que nosotros dos siempre hemos de vivir en paz, y que yo jamás tomaré la lira hasta que me digas.— ¡Canta!

— ¡Dilin! ¡dilin! ¡dilin!

Soy contigo al momento, amada Musa; oigo la campanilla, abren la puerta.... La criada habrá dicho que estoy en casa, y tendré que sufrir las impertinencias de algun desocupado.

Mi Musa, amiga del silencio y de la soledad, ha desplegado sus blancas alas al anuncio de una visita; con ella ha volado la inspiracion que me traia, y.... (Entre paréntesis: si no se me restituye la inspiracion, la visita me privará de ganarme el jornal de hoy... No importa; los poetas nacemos en la abundancia, somos muy ricos.... ¡de ilusiones!)

—Buenos dias, querido. ¡Cuánto siento distraer á V. de sus ocupaciones!

—(Majadero!.... ¿pues por qué me distraes?) V. nunca incomoda; aquí tiene V. silla. (¡Y no se hunde el piso y se le engulle!) ¿A qué debo el gusto de ver á V. en mi casa?

— ¡Se me ha muerto mi esposa!

— ¡Pobrecilla! ¡Cuándo os morireis tú y toda tu casta!

—Creo que V. la conocia.

— ¡Oh! ¡mucho, mucho! Doña Purificacion...

—No; se llamaba Adelaida.

— ¡Ah! sí; ¡mucho, mucho! Adelaida.... Era una señora de edad proveecta, pero muy colorada, y sanota como una pera.... sana. ¡Vaya! ¡Pues no conocia yo poco, en gracia de Dios, á Doña Adelaida!

—Pues bien: aunque apenas he tenido el honor de tratar á usted mas que para molestarle, lo que es ahora me dispensará que le ruegue....

—(¡Soy feliz! éste siquiera es agradecido; me va á hacer algun regalo.)

—.....Que me componga un epitafio para su lápida sepulcral.

—(¡Oh! ¡con qué gusto he de hacer el tuyo cuando vayas á dar cuenta al Juez Supremo de los encargos homicidas con que me estás afligiendo á cada paso!)

—Ea, agur; cuento con el epitafio; esmére-

se V.; las altas prendas de la difunta le inspirarán el....

—Caballero....

—Nada, nada; no hay escape, no admito disculpas.

Salió. ¡Bárbaro! ¡salvage! ¡rinoceronte! ¡caiman! ¡culebra de cascabel!.... Las virtudes de la difunta.... Ahora recuerdo... ¡Si era una galopina! ¡Brabos tizonazos la esperan en el otro Barrio!.... Verdad es que era una galopina; pero ¡á cuántas galopinas no se las erigen monumentos soberbios cuando mueren, y se las dedican laudatorios elogios! Morirán la ignorada madre de familia, modelo de verdaderas virtudes, y la honesta doncella, que prefiriera la miseria y el dolor á la pompa insolente de la vanidad mundana y á la prostitucion, y no vibrará una voz que las cante, ni caerá una lágrima que las lllore.

No quiero hacer el epitafio; me voy á tomar el fresco; á patinar en el estanque grande del Retiro; á revolcarme en la nieve como un ruso; á bañarme en el Manzanares como un pato, y eso que el termómetro señala 6' bajo cero; á zambullirme en el Canal... á escribir una zarzuela.... ¡todo primero que hacer el epitafio!

¡Horror! ¡horror! horror! Me ha atisbado el estúpido Carratraca.

— ¡Eh! ¡chico!

— ¿Qué hay?

—Me caso.

—Te doy la enhorabuena.

—A eso iba á tu casa: pero deseo que me la des en verso.... ¡un epitalamio!

—Hombre, déjame en paz; ¿no conoces que cuando á uno no le sopla la Musa es en vano luchar, por que nada bueno ni aun malo se produce?

—Lo he ofrecido á mi novia... ¿Te acuerdas de ella? Es la hija del brigadier que vive en frente de mi casa; la misma para quien me escribiste dos ó tres composiciones que la di con mi firma al pie. ¡Cree que soy poeta, y ya ves! ¡Ah! serás padrino del primer chiquillo que nos nazca, y.... entonces habrá versos y mas versos; ya sabes que soy aficionado. Adios, hasta mas ver; estoy de prisa.

Santos cielos.... ¡yo espiro!... ¡Ah! ¡qué idea! Para el 13 de Junio próximo un cometa chocará con la tierra, habrá un cataclismo universal, vendrá el Antecristo... y se dará fin á la comedia del mundo con un gracioso sainete titulado: *La Nada*. De aquí allá faltan cuatro meses... En cuatro meses es imposible que tengan sucesion... Sin embargo, á veces hay contingencias.... Sobrevienen fenómenos tan inesperados, tan prematuros... Además, este mozo ha adquirido una fama de D. Juan Tenorio, que espanta...

¡Hola! se fue Carratraca. Mi largo monólogo le ha impacientado.... ¡mejor! Tampoco haré el epitalamio. Si la hija del brigadier quiere música, que le mande su padre la charanga de un batallon, ó que pague una murga. ¿Y qué diría yo en el epitalamio? Hablaria del amor que de seguro no siente la hija del brigadier? ¿Elogiaria la fidelidad que no ha de guardar á su marido, porque es una coqueta sin corazon, una casquivana, sin mas juicio ni mas talento que un chorlito? ¿Ponderaria sus habilidades, que consisten en arañar pianos, romper vestidos, mirarse horas enteras al espejo, plantarse á menudo en el balcon, dormir mucho, trabajar nada, murmurar de sus amigas, y malquerer á todas las que no lo son? ¿Recomendaré á su futuro, por las cualidades... horribles que posee? ¿Al jugador, al botarate, al muchachero, al beodo, al tramposo, al ignorante, al renegado en política, al ateo en religion, al veleta en sus amistades?

Adios.... ¡otro asesino! Este es un muñidor de ovaciones teatrales; me ha visto; se dirige hácia á mí, y se me agarrará como un corchete, como los espinos de una zarza á una falda de seda.

— ¡Oh feliz casualidad!

— ¡Calle! ¿qué significan esas coronas que lleva V. en la mano?

— ¿No adivina V.?

—Absolutamente nada.

—Los amigos de la P., de esa interesante actriz que forma las delicias de nuestra escena, preparamos á la misma una soberbia ovacion para esta noche. Es su beneficio.

— ¿Hay funcion nueva?

—Se estrena un drama de espectáculo, titulado *El Paso de las Termópilas*.

— ¡Diablo! Ya necesita dinero la empresa si ha de representar con alguna propiedad tan famoso combate. ¡Ahí es nada! Trescientos espartanos, con Leonidas á la cabeza, cortando el desfiladero al ejército persa!

— ¡Psit! eso es lo de menos; con hacer que entren y salgan, y vuelvan y tornen alternativamente unos cuantos zánganos!

— ¿Hay decoraciones nuevas?

— ¡Oh! sí; es decir, no; esto es, son y no son nuevas; de todo tienen.

— ¡Ya! serán las viejas, embadurnadas recientemente para el drama, con estupendos chafarrinazos.

—Justamente.

— ¿Y que tal la produccion?

—Aquí, para *inter nos*, es lo mas destartado, lo mas falto de sentido comun que he visto, un modelo acabado de estolidéz, un absurdo sublime, inconcebible. La empresa se promete grandes ganancias, porque en la tal obra dice que demuestra el autor conocimiento del público, de los efectos dramáticos, del juego escénico, y no negará V. que hasta para confeccionar ó aderezar bestialidades se requiere cierto ingenio....

—Si, cierto ingenio.... bestial. Todo eso es magnífico; pero ¿y las letras?

— ¿Qué tienen que ver las letras con los intereses de la empresa? Acaso no le han producido á ésta las últimas profanaciones del arte mas dinero que toda la literatura decente y bien criada? Trátase, pues, en este momento de defender *El Paso de las Termópilas* y la reputacion de la P., que lo ha elegido para su beneficio. Yo he comprado estas cuatro coronas, y espero que V. me escribirá para la tarde una oda, en la que levante á la beneficiada y al autor hasta el séptimo cielo. Les echaremos poesías, coronas, palomas y enormes ramos de flores.

—Perdone V.; eso es arrebatar al público un derecho que le corresponde; yo no tengo la costumbre de elogiar ni de criticar sino despues de conocer las producciones.

— ¡Déjese V. de escrúpulos!

—Yo no engaño al público.

— ¡Qué salida!

— ¡Yo no prostituyo el arte!

— ¡Como no está prostituido! Todo el arrepentimiento de una Magdalena seria poco para purificarlo. Ea, manos á la obra; á la tarde me tiene V. en su casa por los versos, sin que esto obste para que en la primera revista dramática que V. escriba, recomiende eficazmente *la cosa*.

—Entiendo: hay que defender á todo trance *El Paso de las Termópilas*, é imitar en caso necesario la heroicidad de los trescientos, todos los cuales fueron degollados en el desfiladero como puercos por San Martin.

—No lo tome V. á broma, que el asunto es muy sério. Conque adios, y gracias anticipadas.

—(¡Cargue contigo una legion de caribes!)

Está visto; hoy es dia fatal para mí. Me impiden ganarme el sustento, me revientan con epitafios, me descalabran con epitalamios, me amenazan con natalicios, me descoyuntan con ovaciones teatrales; y como no me esconda en las profundidades de la tierra, me apedrearán con álbunes, me pedirán enhorabuenas para los nuevos ministros, que no me gustan; bacanales ó anacreónticas para improvisar en

francachelas, que aborrezco; declaraciones amorosas, como si yo fuese un cadete; décimas para dar días, cuando á mí nadie me dá, por no darme nada, ni las buenas noches; y aun habrá persona tan prevenida, que me encargará versos de Navidad para repartidores de periódicos, que no leo; para felicitar las Pascuas, que no celebraré, porque no tengo dinero; villancicos para que los berreen cuatro aspirantes á coristas; estrechos para la víspera de Reyes, etc., etc. ¡Como si la poesía fuese coser zapatos ó varear lana! ¡Como si no hubiese mas que ponerse uno á escribir á salga lo que saliere, y aquí me las den todas!

Hay ocasiones en que el encargo de poesías es, en cierto modo, disculpable; como cuando se trata de enaltecer un hecho glorioso para el país, de pagar un tributo á la memoria de un escritor distinguido, de un buen amigo, de un orador ilustre, de un virtuoso patricio, de un artista eminente; y aun entonces no conviene violentar el génio; la poesía vive y florece con la libertad, la opresión la ahoga y la mata. Un poeta puede muy bien levantar altares en el fondo de su corazón á las virtudes ó á los talentos de un hombre, rindiéndoles así justo homenaje; y carecer, sin embargo, de la inspiración suficiente para cantarlos de una manera digna del objeto y de sí mismo. Hé ahí la razón por qué la mayor parte de las poesías de encargo son malas, ya por lo pálidas, ya por lo vulgares, ya por lo vacías de pensamientos. Pero esas razones no se comprenden ó no se quieren comprender, lo cual viene á ser lo mismo. Si un poeta resiste á semejantes exigencias, se le contesta:

—¡Quí! ¡si eso se hace bailando!

—¡Miren qué fátuo! Demasiado favor se le dispensa con encargarle versos.

—Siempre he creído yo que no tiene chispa.

—Muchas protestas de amistad, y para una vez que me remangué....

¡St, mil veces sí! ¡Teneis razón! El poeta debe ser materia dispuesta para todo; debe servir, lo mismo para un barrido que para un fregado; debe cantar cuando rabie, y bailar cuando lllore.

Ven acá tú, Musa remolona, y si no te traeré por las orejas entre cuatro soldados y un cabo: inspírame, ó te acibillo á cortaplumazos; soplame al oído unas cuantas estrofas ó te llevo ante un juez de paz. ¡Cantemos por fuerza!

Consuélate, viudo de mi alma; yo esprimiré mi sesera y haré un epitafio, para que Adelaida siga mintiendo virtudes al mundo, aun despues de muerta.

Alégrate, precioso Carratraca; yo perfilaré y pintaré y afiligranaré la felicidad conyugal que nunca habeis de disfrutar ni la hija del brigadier ni tú.

¡Oh! *El Paso de las Termópilas* y su representación van á ser en mis versos el mejor drama y la mas perfecta representación posibles; sucumbirán á la cuchilla de los persas—que regularmente serán fosforeros ó aguadores disfrazados—los trescientos valerosos espartanos, reducidos en el presupuesto de la función á ocho ó diez zanguangos; y solo yo quedará sano y salvo para perpetuar la hazaña y darme á los diablos; porque, no hay remedio, mi pesadilla eterna van á ser, hasta que logren sus pérfidos intentos, el viudo gruñendo:

—¡Mi epitafio!

Carratraca profiriendo entre blasfemias de grueso calibre.

—¡Mi epitafio!

Y el muñidor de ovaciones teatrales, confundiendo con sus elocuentes prisas, y gritando:

—¡Mi composición para *El Paso de las Termópilas*!

¡Ah! y tú también te vengarás, Musa amiga; porque me inspirarás, para escarmentarme,

versos dignos de figurar en el inmenso catálogo de los *Versos de encargo*.

EPÍLOGO.

Los versos de encargo se guisan gratis.

VENTURA RUIZ AGUILERA.



LA FLOR DEL RECUERDO.

Dicen que el recuerdo es flor
Que vive dentro del pecho
Donde ni el sol la marchita,
Ni troncharla puede el ciego.
¡Flor bendita! Pues que vives
Pura entre afectos groseros
Sin que te profane el mundo
Flor eres hija del cielo.
Si de la infancia nos muestras
Los encantos placenteros,
¡Con qué ternureros hablas!
¡Con qué dicha te acojemos!
Si tímida y envolviéndote
Entre nubes de misterio
Traes á la mente afecciones,
Que pasaron y no han muerto,
Provocas tan dulce llanto
Que goza el alma al verterlo.
Y si tierna y melancólica
Te acercas á hablar al huérfano
De la madre que perdió,
Grande, celestial concepto
Cuya santidad no cabe
Mas que dentro de un recuerdo,
Exhala el pecho un gemido
Que vá á estinguirse en el cielo!
Manantial de los placeres
Mas puros que conocemos
Cuando en la callada noche
Vuela libre el pensamiento;
Compañera del que llora
Y en llorar halla consuelo;
Guardadora del pasado,
Feliz aquel que sereno
Te contemple sin que amargues
De su existencia el contento!
Cuando el alma fatigada
Por mundo encuentre un desierto
Y el sol parezca sombrío,
Arido el jardín ameno,
Y ni el amor nos sonría
Ni nos arrastre el deseo,
Y el labio murmure «madre»
Y solo responde el eco,
Y la mente sin razones
Y el corazón sin afectos
Hasta el cielo se levanten
Por no hallar nada en el suelo....
Qué hermosa serás entonces
Hermosa, flor del recuerdo!
Bendita tú que en la tierra
Eres presente del cielo!
Dichosa yo que te guardo
Perpetuamente en mi seno!!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Madrid Julio 1864.

Á CELIA.

Nunca Beatriz le preguntara á Dante
Cuál fue su inspiración, cuál sus amores;
Ni Eleonora al Taso, sus dolores
Cuando en su amor agonizaba amante.
Jamás el soplo que la brisa errante
Lanza callado entre aromadas flores
Se ignora por quién es, ni los fulgores
Que despide ese sol reverberante.
¿Por qué, pues, mi ardoroso pensamiento
No es, ángel bello tu ilusión querida?
¿No llevan mis suspiros en el viento
Pedazos de mi alma dolorida?...
Por ti es mi inspiración; oye mi acento,
Que mi alma es tu amor, tu amor mi vida.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Á MI MADRE EN SU CUMPLEAÑOS.

I.

Aparece el nuevo día
Por el lejano horizonte,
Y el sol dora las montañas
Con mágicos resplandores.
Lanzan al aire sus trinos
Los canoros ruiseñores,
Cantando amorosas quejas
En armoniosos acordes.
Embalsaman el ambiente
Con sus perfumes las flores,
Desplegando con orgullo
Sus matizados colores.
Y las aguas de las fuentes
Y arroyuelos bullidores,
Mas alegres que otros días
Por entre las verbas corren,
Y hasta el céfiro que leve
Mece las ramas del bosque,
En melodiosas cadencias
Entona vagas canciones.

II.

Y es que al despuntar la aurora
Se anunció que era tu día,
Y lo canta Apolo y Flora....
....Cuanto existe, madre mía.
Un año mas; qué placer
Y qué dicha sin igual!!
Pero me hace estremecer
Un pensamiento fatal.
Un año, madre querida,
Que el tiempo nos robó ya....
Un año menos de vida,
¡Ah! que huyó y no volverá
Y que tal vez en este año
Ha sufrido el corazón
Un amargo desengaño,
Ó le han muerto una ilusión.
¿Por qué, pues para gozar
Es necesario sufrir
Y esta cadena arrastrar
Siempre, siempre hasta morir?
.....
Olvidemos el dolor
En día tan placentero
Que tengo, madre, tu amor
Y sabes cuánto te quiero.
Todo es falsedad y dolo
Y mentira en este mundo,
Una verdad hay tan solo
Mi amor y tu amor profundo.
Y en tanto que el alma espera
Gozar de mundo mejor
Nuestra dicha verdadera
Será, madre, nuestro amor.

VICTORINA FERRER Y SALDAÑA.

Diciembre de 1863.

NO ME OLVIDES.

Tengo una hermosa flor, pura, lozana,
La flor de la amistad;
Bella como la luz de la mañana,
Del mundo agena y de la pompa vana,
Del odio y la maldad.

«No me olvides» la llaman las hermosas,
Su vida es el amor;
Reina del prado, envidia de las rosas,
No huellan su matiz las mariposas
Que van de flor en flor.

No es tan bella cual tú: tanta hermosura,
Tal vez envidiará:
Mas labró de un poeta la ventura
Y adorno de su lira, hermosa, pura,
En tu sien brillará.

Inspiró sus cantares, fue su gloria,
Fue aun mucho mas... su amor:
Cual su pobre beldad pobre es su historia;
Mas si ocupo un lugar en tu memoria
No pises ¡ay! mi flor.

JOSÉ HUERTA.

Salamanca.

LA MANO ARDIENTE.

TRADICION

POR

RAFAEL ELASCO.

(Continuacion.)

Aquel mismo día me dijo con mucho misterio:

—Mis terrores se han disipado; diga V. á Felipe que no huya, que no se aleje de mí.

La pobre mártir quiso entonces vivir; se puso contenta, aseguraba que estaba buena, que la felicidad le prestaba nueva vida; pero era ya tarde, su enfermedad solo podía curarla Dios.

Una tarde del mes de Octubre, suave, perfumada como una tarde de primavera, cuando el sol se ocultaba en Occidente dorando sus últimos rayos las crestas de las montañas, en tanto que un fresco vientecillo, arrastraba las hojas secas de los árboles y anunciaba la proximidad del invierno, el alma de Dolores abandonó la tierra, para volver á Dios, centro de toda vida.

El tío Antonio no vertió una lágrima; veló el cadáver de su hija triste y silencioso y lo acompañó á la última morada con paso seguro. Ya en el cementerio contempló por última vez las facciones angelicales de Dolores que la muerte no había podido desfigurar y exclamó con acento sombrío:

—Tú eres la segunda víctima, yo vengaré á las dos.

X.

El dolor dejó á Rocafull en un estado de insensibilidad que le hacía indiferente á todo lo que no tuviera relación con Dolores: vivía en una especie de sonambulismo moral, como si no tuviera conciencia de lo que á su alrededor pasaba.

Los esfuerzos que hicimos los amigos para volverle á la actividad de la vida no fueron vanos y poco á poco se fue serenando su frente y tranquilizando su espíritu.

Pero como en su alma no se habían arraigado las virtudes cristianas, como los principios religiosos no habían hecho otra cosa que rozar su entendimiento con sus celestes alas, faltó á Felipe resignación y valor para arrostrar el sufrimiento, no supo levantar los ojos al cielo y rogar por la eterna dicha de Dolores, y desesperado y loco volvió á su antigua desordenada vida, para encubrirse á sí mismo el estado lastimoso de su corazón.

De nuevo pasábamos las noches en los garitos entre las calenturientas emociones del juego, de nuevo se nos vio aparecer en las mas reñidas pendencias, de nuevo se nos citó en la ciudad como modelo de jóvenes viciosos.

En algunas ocasiones recordaba yo á Felipe las amenazas del tío Antonio, pero me contestó siempre que no huiría jamás, que no temía al gitano y que estaba dispuesto á todo. El gitano, por otra parte, no manifestaba con nosotros resentimiento alguno y solía hacer largas escursiones en compañía de Cain, así es que la confianza iba renaciendo en mi pecho y hasta llegué á sospechar que Cain había fingido aquella historia para alcanzar la libertad.

Bien conoce V. la población, amigo Lopez; situada al pie de un monte se extiende como en anfiteatro sobre su falda, de manera que muchas casas tienen el segundo y el tercer piso á la altura de un sendero que corre por detrás, sobre la montaña. Rocafull vivía en una de estas casas y por la noche entraba por una puerta que caía á dicho sendero; prefiriendo semejante entrada por menos conocida y menos espuesta á una traición.

Para llegar al sendero es necesario subir

una empinada escalera que se encuentra abierta en la roca, tan estrecha que solo permite el paso á un hombre. Entonces no se había introducido todavía la mejora del alumbrado público y la única luz que nos servía de guía al regresar á nuestros hogares era la que despedía el farolillo de un retablo de San Pascual colocado en la fachada de la casa que daba frente á la escalerilla. Pero aquella luz era mezquina y solo alcanzaba su reflejo al arranque de la escalera citada; lo demás quedaba sumido en las tinieblas, como si las sombras que proyectaban las casas y la elevada torre de la vecina iglesia no pudieran atravesarlas los rayos luminosos.

Una noche convinimos en que yo dormiría en la casa de Rocafull, porque al día siguiente teníamos que salir para una cacería y juntos nos retiramos como de costumbre á una hora avanzada.

Entramos en la escalera y á los pocos pasos nos encontramos envueltos en la mas densa oscuridad; así subimos uno en pos de otro mas de sesenta escalones.

Llegados arriba nos dirigimos hácia la izquierda y tomamos el sendero, que conducía á la casa de Rocafull.

En medio del silencio de aquella noche tenebrosa resonaban clara y distintamente nuestros pasos sobre la dura roca.

De repente otros pasos llegaron á mis oídos, eran los de un hombre que caminaba con firmeza detrás de nosotros.

La sangre se me heló en las venas, aquel hombre había descubierto el secreto de la entrada de Rocafull, aquel hombre nos esperaba, aquel hombre quería sin duda asesinarlos.

Fue tal mi estupor que no tuve atrevimiento para montar la carabina, ni siquiera para desenvainar el puñal.

Otro tanto le sucedió á Rocafull que se limitó á caminar apresuradamente, llevando en la mano la llave de la puerta.

Yo le seguí acelerando el paso y el hombre que detrás de nosotros caminaba imitó nuestra conducta.

No tuvimos valor para cambiar una palabra, ni para volver siquiera la vista atrás, aunque estábamos seguros de que nada podía distinguirse.

Llegados á la casa la Providencia quiso que la mano de Rocafull encontrara sin vacilar la cerradura, abrió instantáneamente y con el mismo apresuramiento entramos en la habitación y cerramos la puerta.

Apenas habíamos hecho esto un golpe metálico, como el de una manopla de hierro, resonó sobre la puerta y con tal ímpetu fue dirigido que las maderas temblaron, amenazando saltar hechas astillas.

Escuchamos absortos largo rato y los pasos no se alejaron, escuchamos todas las horas que de la noche restaban y no se repitieron aquellas terribles pisadas; llegó la aurora y nos atrevimos á abrir; el hombre había desaparecido pero en la puerta se veía señalada profundamente una mano como si se hubiera sellado con un hierro candente.

La primera impresion que recibimos fue de espanto, la segunda de incredulidad. Nuestro rebelde espíritu llegó á convencerse de que todo había sido una jugarreta preparada por algún amigo para poner á prueba nuestro valor y continuamos impávidos nuestra escandalosa vida y Felipe siguió retirándose á su casa por el mismo camino.

Así se pasaron dos meses y llegamos á encontrarnos en el corazón del invierno sin que nada de notable hubiera acontecido en nuestra existencia. Disipados por completo los terrores que nacieron en aquella terrible noche y tranquilos por otra parte, en cuanto á las amenazas del tío Antonio, que había desaparecido de la población hacía muchos días, no había freno ni ley que nos contuviese.

Una mañana del mes de Febrero fría y nebulosa, pasaba yo por la puerta de la catedral y me llamó la atención un mendigo que pedia limosna sentado en el umbral. Por las maneras y por la entonación de su voz me pareció Cain; pero eran tantos los parches y remiendos de que estaba llena su cara, que no me atreví á juzgar cierta mi creencia, por mas que me inquietara la duda de que se hallara en la ciudad el vengativo tío Antonio.

Comunique mis recelos á Felipe que se burló de ellos; sin embargo por la tarde hice varias pesquisas en busca del mendigo, aunque en vano.

Llegada la noche tomamos asiento al rededor de una mesa con varios camaradas y comenzó el juego. Felipe tuvo la suerte propicia y no había puesta que no acertara, llamando la atención de los circunstantes, que acostumbrados á verle perder hacían burlonas congeturas sobre su cambio de fortuna.

Felipe siguió la broma y últimamente dijo sonriendo:

—Cuando la suerte me favorece, alguna terrible desgracia me espera.

No sé por qué aquellas palabras helaron la sangre en mis venas, no sé que extraño presentimiento me decía que eran ciertas.

Sonó la una y nos retiramos, Felipe alegre, chistoso, decididor; yo cabizbajo y melancólico. Al llegar al pie de la escalerilla me estrechó la mano y me dijo: Hasta mañana. Después comenzó á subir rápidamente los escalones.

Yo seguí adelante muy poco á poco con el abatimiento en el alma, como quien espera algún triste suceso.

De pronto sonó un grito; un ¡ay! desgarrador, agonizante, que hirió mis oídos dolorosamente. Después se escuchó el golpe duro y cavernoso de un cráneo que golpea la roca, luego el rebote de un cuerpo que salta de escalón en escalón.

Me volví apresuradamente y vi caer un hombre en el centro del círculo luminoso que irradiaba del farolillo del retablo de San Pascual.

Monté la carabina y me acerqué; Felipe se encontraba tendido en tierra, con el cráneo roto y en la mejilla izquierda tenía impresa una mano como la estampada en la puerta, una marca en todo semejante á la que dejaría un hierro candente.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado,

LUIS FABRA Y CAVERO.



Los señores suscritores de fuera que no hayan satisfecho el importe de su suscripción, se servirán remitirlo á la mayor brevedad si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.